



# Sororidad

Mujeres y Teología de Ciudad Real

Mayo 2011 nº 21

## Cantemos mujeres

Habitualmente la Iglesia dedica el mes de mayo a María. Desde Sororidad nos adherimos a esta tradición invitando a unirnos a su canto conocido como el *Magnificat* (Lc 1,46-55). María se pone en camino a visitar a su prima Isabel y cuando ésta la saluda, ella entona un canto profético de alabanza a Dios. María se mueve dentro de la larga tradición judía de mujeres que cantan peligrosos cánticos de salvación como Miriam con su pandero (Ex 15,1-21), Débora (Jue 5,1-31), Ana (1Sam 2,1-10), Judit (Jdt 16,1-17)... Sus cánticos son salmos de acción de gracias, cantos de triunfo de los oprimidos.

El *Magnificat* inicia con el grito de alegría de una mujer pobre que proclama con todo su ser la grandeza de Dios que ha hecho grandes cosas por ella. Y lo que comienza como una experiencia personal se amplía hasta abarcar a todos los pobres del mundo. El canto presenta a María como mujer exigente, la que anuncia que Dios cambia las relaciones opresivas y las estructuras de poder mundanas (Lc 1,51-53). El *Magnificat* se manifiesta como modelo para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, sino que proclama, con ella, que Dios ensalza a los humildes y, si es el caso, *derriba a los poderosos de sus tronos*...

La inversión del orden establecido con la llegada del Reino tiene como consecuencia la elevación de los débiles, los desheredados, las personas que no cuentan y la caída de los poderosos. Con ello se empieza a hacer realidad el deseo de «otro mundo mejor es posible». Dios no espera al final de los tiempos para obrar. Desde ahora, y en boca de una mujer empieza a decir «no» a las injusticias que socavan la dignidad de sus hijas e hijos.

Dios actúa por mediaciones históricas; actúa a través de mujeres y hombres que están al lado de los que sufren para transformar las situaciones de muerte en vida. La fe y la vida son dos elementos irrenunciables en el proyecto de Dios proclamado por María. Esta es la buena noticia de su canto: aplica y extiende a todo el universo lo que Dios ha realizado en ella al mirarla con su gracia. Ha mirado su pequeñez y la ha elevado y ahora Dios mira a todos los pequeños y oprimidos de la tierra para consolarlos y dignificarlos.

El mensaje del *Magnificat* no atraerá a quienes se encuentran satisfechos con las cosas tal como están. Incluso gente de buena voluntad se sentirá incómoda frente a este toque chocante, «revolucionario». Sin embargo, el Espíritu que inspiró a María y facultó su voz profética es el mismo que inspira a las mujeres de todas las épocas. Por ello, María nos sirve de estímulo para decir «sí» al proyecto de Dios y nos sirve de estímulo para decir «no» a todo lo que obstaculice la realización de ese proyecto.

El *Magnificat* es un himno que la Iglesia reza en la liturgia de alabanza de Vísperas. A la caída de la tarde, reunidos en plegaria, los cristianos y cristianas repetimos las palabras de María, para reasumir así su fe y reiterar el mismo compromiso evangelizador ante el Dios que elevó a los oprimidos y colmó de bienes a los hambrientos. En este sentido, todas y todos somos María.

Una mujer embarazada no es la imagen que normalmente nos viene a la cabeza cuando imaginamos a un profeta, sin embargo, en este caso, María y su prima Isabel, son dos profetas embarazadas y plenas del Espíritu que cantan con alegría advertencias y esperanzas para el futuro, ¡ojalá y nos unamos a ese coro de voces aunque desafinemos.

M<sup>a</sup> Carmen Martín Gavillero  
Mujeres y Teología. Ciudad Real

## Soñemos un mundo diferente

1º de Mayo, día de la clase obrera, día de las personas trabajadoras, varones y mujeres que se dejaron la vida, allá en el siglo XIX, por conseguir unos derechos que les permitieran tener una vida más digna. Hoy también hay muchas personas que se dejan la vida en sus trabajos, aunque de manera individual y la lucha obrera, la lucha común por que se cumplan, y no se recorten, esos derechos conseguidos, es una lucha particular, una lucha que cuesta que la asumamos en común.

Ana es una mujer trabajadora y madre de familia, como muchas de las mujeres que existen en la actualidad. Esto es normal. La mujer ha ido consiguiendo derechos a lo largo de la historia,

por suerte y por el trabajo y la lucha de muchas mujeres que los han reivindicado. ¡Qué alegría para las mujeres, ser reconocidas en la esfera pública, ser reconocidas, al menos en la teoría, en su capacidad de trabajar fuera de la casa! Ya no sólo

nos tenemos que ocupar de la casa, los hijos, el marido, el cuidado de los mayores... Pero, el problema viene en el *ya sólo*, porque la mayoría de mujeres realizan todas estas tareas *además* de su trabajo en la oficina o en cualquier lugar.

También están las que *sólo* trabajan en su casa y que han renunciado, a veces sin ser conscientes de ello, a formarse, a realizar un trabajo que les guste (porque el trabajo no sólo nos aporta ingresos económicos, sino que nos da identidad, pertenencia, autoestima...) Ellas no tienen horario, no tienen salario, sólo tienen mucho trabajo y a cualquier hora. Y hay a algunas, las que tienen más suerte, que además les gusta y han optado por esta forma de vida y de trabajo.

Otro grupo de mujeres son las mujeres empobrecidas, esas que trabajan en la economía sumergida, que limpian las casas de otros y cuidan los niños de otros, mientras sus hijos están solos y su casa sin limpiar. Esas que se levantan a las 5 de la mañana para dejar la comida preparada a los suyos

antes de irse, que llegan a casa a las 6 de la tarde, en los mejores de los casos, y que cobran 500 euros al mes con un solo día de descanso a la semana.

Todas estas situaciones son conocidas, no descubro nada, pero hoy quiero volver a sacarlas a la luz, porque en un país donde hay casi 5 millones de parados, la mayoría mujeres, y donde ellas siguen sacrificando su vida por los demás, se merecen que de vez en cuando reflexionemos sobre ello y pensemos si hay alternativas que permitan ir cambiando estas realidades, y, junto a esto, mantener vivo nuestro agradecimiento a esta tarea callada y poco reconocida.



El hecho de nacer mujer o varón no implica que tengamos una serie de roles prefijados. Muchos pensarán que ya estamos otra vez con el género, y sí, efectivamente, todo esto tiene que ver con el género y hasta que esto no nos quede claro a todos y todas no seremos

capaces de terminar con una parte de este problema que a tantas mujeres afecta y que tanto les hace sufrir. Somos diferentes, claro que sí, yo no digo lo contrario, pero eso no implica que por ser varón o mujer tengamos que realizar determinadas tareas que nos han impuesto una sociedad y una cultura.

Hoy la mujer trabajadora cuenta con el apoyo de muchos varones que van cambiando su percepción, que se sienten feministas como nosotras, porque el feminismo sólo busca la justicia y la igualdad desde la diferencia. Desde esta afirmación ¿alguien se atreve a no declararse feminista? Yo, desde luego, cada vez tengo más claro que lucho por ser feminista, aunque no siempre lo consiga, porque soy hija de una cultura que se ha encargado de inculcarme esos roles que me corresponden por ser mujer y que, poco a poco, intento modificar.

¡Ánimo mujeres y varones, soñemos con un mundo diferente, donde se respete la dignidad de todas las personas! ¡Construyámoslo juntos!

## CASI TODO EMPEZÒ POR 16 PESETAS

«Tu rostro buscaré, Señor»

Dicen que dos personas no se conocen hasta que se han comido juntas un saco de sal. Pero es claro que, si han sido capaces de comérselo, es que se conocían y, tal vez, se amaban desde el principio.

Algo de eso me pasa a mí con la fe. Cada día estreno Dios. Cuando miro los sesenta y casi siete años de atrás me parece que estaba equivocado, que en realidad acabo de conocer a Dios y a su Cristo. Mañana, ojalá, me pasará lo mismo.

A los siete años ya era monaguillo. Cada día ayudaba a una o dos misas. Era mi obligación, una de mis tareas. Mi primera paga fueron dieciséis pesetas. Tal vez por esto nunca jugué a ser cura. Creo que luego ha sido una constante en mi vida, nunca me ha gustado jugar a ser cura. Ya con veinte años, viviendo en el Seminario, con alguna frecuencia le pedía a Dios que iluminara a mis superiores para que descubrieran que yo no servía y me echaran. Me gustaban otras formas de vida, pero no tenía razones para rechazar la invitación. No me hice cura porque me deslumbrara la idea, pero entonces me parecía, y ahora también, que era lo que Dios quería de mí. Me siento feliz de serlo y me he esforzado en serlo.

Lo he vivido siempre como una modalidad, mi modo, de ser cristiano. Se me ha dado un don específico y con él una tarea y una responsabilidad específicas, pero entiendo que el don radical configurante, siempre inmerecido, es mi Bautismo. De hecho mis mayores carencias de cura son carencias cristianas y en el fondo escasez de fe. Entiendo aquí por fe la aceptación consciente de los dones de Dios, del don del Espíritu.

Dice una de las cartas de San Juan que «el que no ama no conoce a Dios». No puedo decir que no lo conozco, porque me siento amado por él y me han querido mucho en mi familia y tengo amigas y amigos que me quieren, pero me siento muy deficitario a la hora de amar yo a los demás. Me falta decisión para asumir sin condiciones el proyecto de Dios revelado en Cristo.

No me resulta fácil entender a Dios y sé que no lo conozco bien. Lo certifican mis obras. Intelectualmente acojo el Dios revelado en Cristo y me encanta. La realización del amor total, la dignificación total de la persona, el Dios más humano que los humanos, la proyección trascendente de mi ser y de nuestra historia. Me encanta Cristo. Lo afirmo Dios cada mañana, le pido su Espíritu, que también, claro, es Espíritu del Padre, y le abro hueco en mi vida. Pero no acabo de dejar que lo llene todo. Me resisto a mi total humanización. Amo a Dios y a mucha gente, pero no acabo de vivir en el amor. Aún pinto mucho delante de mí. Conozco que el que busca su vida la pierde y tengo experiencia de sentirme dichoso, cuando la he olvidado, pero me distraigo a menudo buscándome.



No creo que Dios me mire de una forma especial, porque estoy convencido que a todos nos mira de una forma especial, pero yo he tenido los medios como nadie para conocerlo y amarlo. He tenido a mi disposición todos los medios para ser santo. No lo soy, esa es mi culpa. Pero no he renunciado a ello, no he renunciado a ser cristiano. Cada día le pido que aumente mi fe y cada mañana le digo: aquí estoy.

De hecho toda mi vida ha estado condicionada por Dios. Ha sido y es mi ocupación y preocupación principal. Desde muy joven he querido siempre ser testigo de la luz, como Juan el Bautista. Siempre he querido llenar las noches de mediodías. Hoy sigue viva mi esperanza, pero sin otra tierra donde arraigarla que mi pobre fe. Por eso necesito que crezca. Experimento que sin esa maduración bautismal, no sólo mi dimensión presbiteral quedaría reducida a un funcionariado digno y honrado, pero lejos de la entrega total y creativa que exige o, al menos, de una disponibilidad sincera y permanente, sino que mi propia vida y toda mi vida la habré perdido sin sentido. Creo y quiero creer en Cristo o me quedaría sin fundamento y sin perspectiva. Me quedaría sin luz que acoger y reflejar.

Creo firmemente que, además de necesaria y posible, está en marcha la nueva humanidad, nacida o consolidada en Cristo. Se de mujeres nuevas y hombres nuevos, y cada vez tengo más claro que no hay otra alternativa que no sea el amor servicial. Sigue siendo verdad que tengo que precisar mejor la vivencia de mi amor a todos desde los empobrecidos y, por tanto, mi compromiso pastoral, social y político, pero me siento dichoso de colaborar con Dios –Ternura, Palabra y Fuerza– en la humanización del mundo, la causa del Reino.

Aunque casi cada día descubro a Dios como algo nuevo, a veces pienso que tal vez siempre lo he conocido y amado. Ya nos hemos comido, cuando menos, un saco de sal juntos. Espero y anhelo mi encuentro cara a cara con él. Nos reiremos todo el día de las falsas y raquíticas imágenes que de Él me he ido forjando. En todo caso sostengo lo que afirmaba el poeta R.M.Rilke: «aunque no queramos, Dios madura». ¡ Es un amor !

Julián Valverde

## Abrieron caminos...

### MADELEINE DELBRËL (Mussidan, Francia 1904-1964)

Nació en una familia burguesa alejada de la religión. Se inició en el cristianismo a los 12 años aunque más adelante, influenciada por los ambientes literarios y filosóficos de su padre, se dejó seducir por el ateísmo y el positivismo.

A los 18 años conoció a Jean Maydiou, proyectaron casarse aunque de improviso él la abandonó para entrar en el noviciado de los Dominicos. Este encuentro y ruptura le hicieron confrontar su ateísmo con las certezas de fe de Jean. Pasó entonces de dudar de la existencia de Dios, a buscarlo a través de la oración y la reflexión. Así emprendió su camino de conversión.

Madeleine descubrió su vocación cristiana en la ciudad, en el «desierto urbano», que lo convirtió en su campo de misión. Junto con un grupo de amigas inició un proyecto innovador y profético: Laicas consagradas, insertas en el mundo y libres de estructuras rígidas. Vivían junto a las personas más empobrecidas, en un barrio marginal, participando de las actividades pastorales de la parroquia.

Para ella Dios se revela en la vida cotidiana, en la calle y son «las paciencias» de todos los días las que construyen la santidad. Invita al cristiano laico a «quitarse las sandalias porque la tierra que pisa todos los días es tierra santa y allí está Dios escondido detrás de la zarza».



## Te recomendamos

«VERDADERA HERMANA NUESTRA.  
Teología de María en la comunión de  
los santos»

de Elizabeth A. Jonson  
Edit. Herder.

Al centrarse en María como persona concreta, este libro intenta vislumbrar la realidad histórica cruda, muchas veces ignorada, de Miriam de Nazareth, una mujer judía en el seno de una sociedad rural relativamente pobre y políticamente oprimida del siglo I. Presenta la presencia del Espíritu de Dios en su vida y la llamada única a ser madre del Mesías, a su vez, invita a María a bajarse del pedestal en que ha sido colocada durante siglos.

Elizabeth, hermana de la Congregación de San José, es profesora de Teología en una universidad de Nueva York y una notable teóloga católica reconocida en todo el mundo.

## El dato

La presencia de las mujeres en los parlamentos del todo el mundo representa tan sólo el 13%, lo cual es un indicador de la discriminación y exclusión que aún prevalece. La ausencia de mujeres en las esferas de decisión hace que sus intereses no estén representados, haciendo muy difícil el cambio.

### PREGÓN PASCUAL

Iniciamos la gran fiesta, nuestra fiesta. La fiesta de quienes sabemos que Dios es amigo de la VIDA.

La tierra toda y la humanidad entera, respiran primavera, rezuman esperanza. Y nuestros corazones estallan de alegría.

¡PORQUE CRISTO HA RESUCITADO!

Sí, así de cierto, ya sí de claro lo anunciamos en esta Noche Santa. Dios hace saltar la losa del sepulcro de Cristo, y de todos los sepulcros, y la VIDA se impone sobre la muerte.

Esta es la mejor noticia que podemos escuchar en medio de un mundo roto y sufriente, y en las entrañas de tantas personas cuya dignidad aún no es plenamente reconocida.

Dios se hace uno con Cristo crucificado y con todas las cruces de la historia, y de ellas hace surgir semillas de Resurrección, de Vida Nueva y plena.

Que se alegre la Iglesia, pueblo de Dios, siempre en camino, y vislumbrando a lo lejos el horizonte de la Utopía del Reino, sea casa de acogida, lugar de esperanza, espacio de entendimiento y reconciliación con el mundo.

Que se alegren tantas personas que, en la espesura y dureza de la realidad cotidiana, no ceden al desaliento y, con pequeñas

acciones, optando por lo insignificante y por lo que no cuenta para el poder del mundo, siguen tercamente en el empeño de hacer que en el mundo crezca la VIDA, triunfe la VIDA, se imponga la VIDA.

Y que se callen las voces que oprimen a las personas, que alienan a las personas, que niegan la dignidad de las personas, aunque sean las voces que más se oigan en todos los altavoces del mundo.

Porque quienes creemos que Dios ha resucitado a Jesucristo, sólo vamos a escuchar una voz: En Cristo Resucitado está puesta nuestra esperanza. No vamos a ceder al desaliento, porque tenemos el triunfo asegurado. Seguiremos y seguiremos luchando por lo imposible: Hacer de este mundo un lugar habitable, humano, fraterno, rebosante de semillas de Resurrección.

¡PORQUE CRISTO HA RESUCITADO!

En la Luz de este Cirio que ahora ofrecemos al Dios de la Vida, ponemos la razón de nuestra existencia, la motivación para seguir en la lucha, y la alegría de sabernos personas resucitadas, semillas de la Pascua que nunca termina.

M<sup>a</sup> Auxiliadora Fernández Fernández  
Mujeres y Teología. Ciudad Real

Os animamos, a todas y todos los que leéis Sororidad, a que nos hagáis llegar vuestras opiniones, sugerencias, preguntas, inquietudes... , a través de nuestro correo electrónico [sororidadmt@hotmail.com](mailto:sororidadmt@hotmail.com).